

John Starhurst y su misión divina

John Starhurst, un voluntario para la misión, visitó un poblado llamado Rewa, allá por Fiyi, para difundir la palabra divina por toda Viti Levu. Viti Levu significa «Gran Isla»: una isla con un tamaño mayúsculo. Muy mayúsculo comparado con las otras islas contiguas a dicha isla, por no calificarlo como colosal. Por toda la costa había muchos voluntarios para la misión, individuos con bazar, marinos y prófugos para cazar marisco. Las calurosas piras producían un humo alzado hasta las claraboyas; otros transportaban los caídos arrastrados a la comilona.

La Lotu o Culto no avanzaba muy rápido; incluso daba marcha atrás. Toda máxima autoridad, autoproclamada cristiana y alabada al pisar la capilla, acostumbraba a infringir la norma para compartir un jugo hostil. Tragas tú o tragan otros; allí no había otra norma. Y allí, tal norma duraría toda la vida. Tanoa, Tuiveikoso y Tuikilakila, cada uno juzgado máxima autoridad, habían tragado ya a muchos partidarios suyos. Mas no tantos como Ra Undreundre, glotón como ningún otro. Ra Undreundre vivía por Takiraki. Anotaba cuántas víctimas había tragado ya con una fila formada por guijarros contigua a su casa. Dicha fila ocupaba 230 pasos, con unos 872 guijarros. Cada guijarro marcaba una víctima. Quizás Ra Undreundre pudo tragar más víctimas; mas la mala fortuna quiso dar a dicho individuo un lanzazo próximo a su dorso tras una trampa allá por Somo Somo. Así, acabó tragado por Naungavuli, cuya ínfima fila mortal contaba con sólo 48 guijarros.

Los afanosos y ardorosos voluntarios para la misión hacían su trabajo obstinados —y por algunos lapsos iracundos— y ansiando alguna aparición llamativa como rápidas y fogosas llamaradas junto con gloriosas y cuantiosas almas. Mas Fiyi continuaba caníbal y contumaz. Sus sanguinarios individuos continuarían pugnando por su comida si había humanos a puñados. Si un día había muchos humanos, confundían a los voluntarios para la misión afirmando para tal ocasión un motivo divino practicado con una matanza y una barbacoa. Los voluntarios para la misión compraban rápido las victimosas almas con tabaco, algodón y productos para cambiar. Mas para nada valía; la comida caníbal sobraba. Asimismo, podían ir a cazar más.

Ocurrida tal coyuntura, John Starhurst anunció divulgar la palabra divina por toda la isla sin vacilar. Iniciaría tal hazaña por la montaña, utilizada como amparo por los arroyos originados por un río llamado Rewa. Sus palabras provocaron tribulación.

Los didácticos nativos lloraron sigilosos. Sus dos amigos voluntarios para la misión lucharon para disuadirlo. La máxima autoridad lo advirtió; con toda probabilidad lo *kaikairían* allí —*kaikai* significa «tragar»— y tal máxima autoridad, ya Lotu, mandaría tropas a luchar contra la hostilidad. No podría plantar cara a dichos individuos, mas la máxima autoridad lo sabía. Dichos individuos podrían acabar atacando Rewa, mas la máxima autoridad lo sabía. Sí, lo sabía, más otra cosa no podía consumir. Si John Starhurst insistía, habría un conflicto y muchos individuos morirían.

A última hora, una comisión acudió a visitar a John Starhurst. Habló y discutió con la comisión muy tranquilo, mas no cambió su opinión. Afirmó no ansiar un martirio a sus amigos voluntarios para la misión. Tan sólo cumplía con la llamada divina al divulgar la palabra sagrada allá por Viti Levu; tan sólo actuaba por una ambición divina.

A los individuos con bazar, los más contrarios a tal acción, dijo: «Nada dicho por vosotros irradia valor. Sólo os importa cuánto daño haga yo a los saldos. Sólo os importa adquirir una fortuna, mas yo ansío salvar almas. Dicho lugar pagano y oscuro obliga a salvación».

John Starhurst no sufría locura; habría tachado con convicción tal acusación. Su alma vivía con cordura y tranquilidad.

John vaticinaba cómo lograría su misión con gloria, y había visto su figura originando una chispa sagrada por todas las almas próximas a la montaña, así como inaugurando una vivificación por cada rincón vinculado a la Gran Isla, cruzando todas las islas situadas a un radio muy agudo. Sus aplacados y plomizos ojos no provocaban una luz furibunda, sino una finalidad calmosa y una total confianza para afrontar su misión gracias a la Gran Divinidad.

Tan sólo un individuo aprobó su propósito: Ra Vatu. Logró apoyarlo como ningún otro y consiguió guías para sus inicios. John Starhurst, por su lado, alababa su amabilidad. Ra Vatu, pagano porfiado y con un corazón tan oscuro como sus prácticas, por fin había visto la luz. Incluso ambicionaba la Lotu. Hacía 3 años, Ra Vatu mostró tal codicia. Probó ir al santuario, mas John Starhurst lo impidió por ir junto a sus 4 matrimonios. Ra Vatu había mostrado una oposición avara y moral hacia la monogamia. Por otro lado, la sutilidad utilizada por John Starhurst cuando lo impidió lo había insultado; y, para probar su autonomía y honor, proclamó una conflagración contra Starhurst. Starhurst consiguió huir gracias a un auxilio próximo no sin soportar una larga lucha. Mas ahora todo constaba indultado y olvidado. Ra Vatu iba al santuario como pagano transformado y polígama. Tan sólo aguardaba —afirmaba Starhurst— a notar morir su matrimonio más anciano, ya muy crónico.

John Starhurst viajó por un inactivo Rewa gracias a una canoa proporcionada por Ra Vatu. Dicha canoa tardaría 2 días para arribar a la montaña, mas cuando iba a partir, no pudo lograrlo. Allá por las alturas podía vislumbrar las montañas con humo. Tal humo simbolizaba una columna para la Gran Isla. John Starhurst las admiraba todos los días con aspiración a viajar.

Oraba solo o acompañado por Narau, un didáctico nativo. Narau había sido Lotu por 7 años; James Ellery Brown, un doctor, logró salvarlo cuando lo trasladaron a un horno achicharrador dando mucho tabaco, 2 mantas fabricadas con algodón y cuantiosos paliativos. Al final, tras 20 horas solitarias suplicando y orando, Narau asintió a su proposición y consintió ir a las montañas los dos juntos.

—Tal misión convoca a dos camaradas, mi sabio tutor —rogó.

John Starhurst lo aclamó con una sobria fruición. La Gran Divinidad lo había llamado para animar a una criatura sin alma como Narau.

—Sin alma, soy la forma más frágil originada por la Gran Divinidad —apuntó Narau al arribar a la canoa.

—Imita tu corazón y hallarás tu camino —dijo John Starhurst con pausa.

Otra canoa cruzó por dicho Rewa la misma mañana, mas partió una hora atrasada y con cuidado para subsistir ignorada. Tal canoa incumbía a Ra Vatu. Erirola, su primo carnal y principal sicario, ocupaba la canoa, así como un capacho con un molar marino; un molar magnífico muy largo, con un tamaño prodigioso y un marfil amarillo y púrpura por alojar tantos años. Tal molar marino atañía a Ra Vatu; allá por Fiyi, cuando dicho molar lo tomaba otro individuo, ocurría algo. Tal talismán ocultaba una virtud: si un individuo lo tomaba, lo obligaba a cumplir una misión. La misión podía mandar sacrificar una vida humana o adquirir una alianza tribal, y hasta ahora ningún ciudadano con honor había contradicho tal misión.

John Starhurst durmió a los dos días allá arriba por Rewa, por un poblado guiado por un anciano llamado Mongondro. Por la mañana, acompañado por John Narau, quiso iniciar su camino andando por las montañas con humo, ahora glaucas y algodonosas. Mongondro subrayaba por su bondad y afabilidad. Sus ojos fallaban al mirar algo con fijación y sus muslos sufrían por subsistir tan anómalos. Asimismo, odiaba los conflictos. Acogió al voluntario para la misión con una cálida hospitalidad y lo nutrió con su propia comida; incluso tocaron asuntos divinos. Mongondro amaba las cosas curiosas, y disfrutó mucho con John Starhurst y sus diálogos históricos y filosóficos. Cuando tal voluntario para la

misión nombró a Dios y narró cómo ocurrió la vida, Mongondro mostró un gran asombro. Fumó su pipa con calma y la apartó para sacudir su rostro con ahogo.

—No lo concibo —dijo dicho anciano—. Yo, Mongondro, fui un gran trabajador con mi hacha. Aun así, ocupaba muchos días para construir una canoa muy diminuta. ¿Y un individuo normal pudo originar la vida tal y como nosotros la...?

—No, la vida la originó Dios, un único y puro Dios —cortó John Starhurst.

—Da igual —prosiguió Mongondro—. Islas y aguas, flora y fauna, montañas y llanuras, un sol, una luna y cuantiosos astros... ¿y todo originado tras sólo 6 días? No, no y no. Yo fui mozo antaño, y aun así tomaba muchos días para construir una canoa muy chica. Los niños podrán imaginarlo, mas no un adulto.

—Yo soy un adulto —dijo John Starhurst.

—Claro, mas mi oscura imaginación no vislumbra tal opinión. Todo originado tras sólo 6 días...

—Mas yo lo afirmo: así ocurrió.

—Son sólo palabras tuyas. Sólo lo afirmas tú —murmuró Mongondro.

Cuando John Starhurst partió junto a Narau con rumbo a la cama, Erirola arribó y habló con Mongondro. Tras un discurso diplomático, confirió su molar marino a Mongondro.

Mongondro sostuvo dicho molar marino por un largo rato.

—Oh, cuán maravilla... —dijo Mongondro.

Lo codiciaba. Concibió la misión vinculada al molar marino.

—No, no, ya no juzgo tal molar marino como maravilloso... —maduró Mongondro.

Su boca hacía agua; aun así, dio dicho molar marino a Erirola con mucha congoja.

Al alba, John Starhurst había iniciado su camino. Anduvo sin dificultad por los yuyos gracias a sus aptas botas. Narau, brioso, iba pasos atrás. Más avanzado iba un guía sin ropa proporcionado por Mongondro para mostrar la ruta hacia un poblado próximo. Arribaron justo para almorzar. Allí, otro guía mostró una ruta distinta. Sigiloso, Erirola caminaba muchos pasos más atrás por la misma vía junto a su capacho con dicho molar marino. Siguió sus pasos 2 días por todos los poblados brindando tal molar marino a los ancianos, mas ninguno lo codiciaba. Todos conocían al voluntario para la misión, y todos intuían la solicitud para ganar dicho molar; mas ninguno lo ambicionaba por tal motivo.

Muy avanzados por las montañas, Erirola tomó un atajo oculto para pasar al voluntario para la misión y arribó al bastión Gatoka, dominado por Buli, la máxima autoridad. Buli no vaticinaba por ahora un invitado más como John Starhurst. Asimismo, miraba dicho molar maravillado, como algo fabuloso con un color muy bizarro. Todos los otros oriundos lo miraban. Situados junto a su máxima autoridad y a sus 3 ídolos, tomaron dicho molar marino dado por Ra Vatu y transportado a las montañas por su primo Erirola. Todos loaron tal molar marino gritando:

«¡A! ¡Woi! ¡Woi! ¡Woi! ¡A! ¡Woi! ¡Woi! ¡Woi! ¡A tabua levu! ¡Woi! ¡Woi! ¡A mudua, mudua, mudua!»

—Pronto arribará un tipo blanco —dijo Erirola tras una pausa—, un voluntario para la misión. Ra Vatu ansía sus botas para darlas como dádiva a su gran amigo Mongondro junto con cada talón humano. Mongondro ha vivido ya muchos años y sus incisivos no cortan como otros más afilados. No olvidadlo, oh, gran Buli. Cada talón humano va junto a las botas. Todo lo otro da igual.

La luz radiada por dicho molar marino huía para Buli, y ahora lo miraba con dudas. Mas ya había tomado tal molar marino.

—Un voluntario para la misión no aporta nada —añadió Erirola.

—No, un voluntario para la misión no aporta nada —farfulló Buli—. Mongondro disfrutará mucho con las botas. Id 4 ó 5 a por dicho voluntario para la misión. Y a por sus botas.

—No hará falta —dijo Erirola—. ¡Mirad allí!

Apartando yuyos, John Starhurst y Narau lograron avanzar hasta Gatoka. Sus famosas botas, mojadas por pisar charcos pantanosos, soltaban agua a cada pisada. Starhurst miraba sus manos con ojos lustrosos. Con convicción innata y ninguna duda ni pavor, siguió avanzando. Ningún individuo blanco había cruzado dicho bastión, y Starhurst lo sabía.

Las glaucas casas moraban contiguas a la abrupta montaña o al rápido Rewa. A ambos lados había un gran abismo. Al día había como mucho 3 horas con luz solar. No había cocos ni plátanos, mas sí una tupida y trópica flora por todos lados, dando lugar a zonas amplias con un aura pura junto a un farallón. Al final, por un cañón rocoso, dicho Rewa subía hasta a casi 10000 pulgadas, y la situación auguraba una borrasca con rayos.

John Starhurst vio salir a Buli y sus camaradas.

—Traigo halagadoras noticias —saludó Starhurst.

—¿Y tu máxima autoridad, cuál? —dijo Buli con calma.

—Dios.

—Muchos lo admiran ahora —sonrió Buli—. ¿Y domina alguna isla, poblado o paso?

—Domina todas las islas, poblados y pasos —dijo John Starhurst con formalidad—. Dios domina arriba y abajo, y yo transmito Su palabra.

—¿Y ha mandado un molar marino? —dijo Buli con impudicia.

—No, mas otra cosa más valiosa como...

—Toda máxima autoridad acostumbra a mandar un molar marino —subrayó Buli.

—Tu máxima autoridad tiraniza o poco imaginas. Ir sin nada por las montañas... Mira, yo soy una máxima autoridad más dadivosa.

Así, mostró dicho molar marino. Narau tosió.

—Ra Vatu... —susurró Narau a Starhurst—. No hay ninguna duda. Tanto caminar para al final...

—Fantástico —dijo Starhurst pasando su mano por su larga barba y ajustando sus gafas—. Ra Vatu nos aguardaba.

Narau tosió y tosió, y dio pasos hacia atrás.

—Pronto Ra Vatu autoproclamará su Lotu —dijo Starhurst— y yo lo traigo para vos.

—Yo no busco la Lotu —dijo Buli con orgullo—. Mas sí ansío tu final.

Buli indicó con la mano a un individuo fortachón con palos. Narau huyó a la casa más próxima, guardada por adultas y niños. John Starhurst apartó su cara y agarró al sanguinario individuo con palos. Con tal primacía, iniciaron una riña. Luchaba por su vida. Valoraban la vida, mas a Starhurst nada lo asustaba.

—Si sucumbo, al final lo pagarás —dijo al individuo sanguinario—. Yo no hago daño a ningún otro, ni a ti ni a Buli.

Los otros ni imaginaban atacarlo con sus palos. Prosiguió luchando por su vida contra toda hostilidad.

—Soy John Starhurst —prosiguió con calma—. Fui voluntario para la misión por 3 años allá por Fiyi. Busco la paz. ¿Hay motivos para matar a un individuo como yo? No contribuiré a nada.

Buli miró al molar marino. Había costado mucho.

Muchos bárbaros sin ropa sitiaban al voluntario para la misión. Cantaban una canción mortuoria, la canción para calcinar, y ningún individuo pudo oír nada más suyo. Mas con vigor aguantaba todos los palazos sin nunca morir. Erirola sonrió.

—¡Idiotas! —gritó Bali—. Vaya historia para contar por la costa. 12 individuos y va un voluntario para la misión sin armas y os gana.

—Aguarda, oh, Buli —dijo como pudo John Starhurst—. Mis armas son la Justicia y la Bondad, y ningún individuo podrá batirlas.

—Lucha contra mí —indicó Buli— y contra mi infortunado palo; son nada para ti, ¿no?

Todos lo abandonaron y Buli avanzó con su colosal palo con pinchos.

—Vamos, voluntario para la misión, camina hacia mí —clamó Buli.

—Allá voy para ganar —dijo John Starhurst sin vacilar tomando sus gafas y ajustándolas.

Buli alzó su palo, aguardando.

—Mi fin no contribuirá a nada —inició la discusión.

—Mi palo lo juzgará —siguió hablando Buli.

John Starhurst siguió la discusión sin lograr nada. Buli vigilaba al voluntario para la misión para sacudirlo y lisiarlo con su palo alzado. John Starhurst vio su fin más próximo como nunca jamás había visto, mas no huyó. Cabizbajo, alzó la mirada y oró; miraba una mística figura, un individuo blanco con una Biblia, sudor y ron; sí, John Starhurst había logrado dominar a todos los bárbaros hasta arribar al bastión Gatioka.

—¡Condónalos, oh, Dios! —oró— ¡No son maduros! Libra a Fiyi. Da compasión para Fiyi. ¡Oh, Divinidad, danos oídos! ¡Por Dios, por su Hijo y otros futuros Hijos! ¡Oh, Altísimo, sálvalos! ¡Sí, una isla oscura, mas tú lograrás salvarla! Alza Tu Mano y salva a los infortunados bárbaros allá por Fiyi!

—Allá voy —masculló Buli agarrando su palo con las dos manos.

Narau, oculto, oyó un impacto. Su corazón palpité muy raudo. Sonó la canción mortuoria. Lo sabía; John Starhurst, arrastrado, iba hacia la pira y musitaba:

—¡Con cuidado, con cuidado!

—¡Soy un victorioso!

—¡Dad gracias, dad gracias!

A continuación, una voz dijo:

—¿No había un bravo?

Mil individuos afirmaron:

—Sí, camino a la pila va.

¿Y no había un pávido? —continuó la voz.

¡A contar lo va! —afirmaban los mil individuos— ¡A contar lo va, a contar lo va!

Narau tosió angustiado. La canción mortuoria lo confirmaba. Narau sufría dicho pávido, y sólo podía huir y contar lo ocurrido.